

---

## PRESENTACIÓN

Amigo lector:

1. Este número, aunque su índice sólo lo indique en parte, está todo él dedicado a Francisco Cuervo-Arango, que falleció el cinco de junio de este año. Su condición de miembro del Consejo de redacción de los Cuadernos y de socio fundador de la Asociación explica (dado lo peculiar de este Consejo, Revista y Asociación) que este número lo hayamos confeccionado influidos por su ausencia y su recuerdo, y que no sólo le dediquemos la "Suma de poquedades" sino que hayamos seleccionado los dos textos de Légaut pensando en él, además de que los dos textos de la segunda sección vienen a cuento, entre otras cosas, porque seleccionarlos fue la última decisión que tomamos juntos.

Esta va a ser, sin embargo, la segunda entrega que nuestro amigo no va a recibir pues su fallecimiento ocurrió dos días antes de que la imprenta nos entregase el libro *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*, cuya revisión él había seguido desde el hospital, en Murcia, donde ya había recibido el *Cuaderno 9*, de noviembre pasado, y en donde afrontaba con entereza los que serían los últimos meses de su vida, a la que iba venciendo una leucemia diagnosticada seis años antes.

Ambos nos habíamos tomado la libertad, completamente particular, de poner, al comienzo del libro de *Reflexión...*, la foto de la Cruz que hay en una de las antiguas ermitas de Montserrat. Aparte de su belleza y oportunidad, la foto nos recordaba que tanto él como yo comenzamos a leer allí, él en 1972 y yo en 1971, este libro tan vigoroso. La foto era, pues –al menos hasta ahora que lo cuento–, un brindis discreto por tantas cosas: amistades, encuentros, iniciativas y perspectivas que se han ido manteniendo, unificando, trenzando y multipli-

cando desde entonces y aun desde antes, y hasta ahora, en torno a "Légaut"; brindis que ya no podremos volver a saborear.

2. Avisar del carácter particular de este *Cuaderno* era lo primero que queríamos decir. Lo segundo es insistir, no obstante lo anterior, en que nuestra intención es la de siempre: que "a través de lo particular se perciba lo universal", esto es, que cada uno, a través de los textos del Cuaderno, pueda ahondar en su reflexión.

Ahora bien, una dificultad para que se perciba lo universal podría ser que lo particular, ya en esta Presentación, comienza por no tomarse "la licencia de adoptar la forma impersonal" y por no expresarse sólo en "términos abstractos" y, en cambio (faltando a la discreción), da cabida a lo anecdótico y biográfico fuera de la sección que titulamos "Suma de poquedades" donde dicho aspecto ya ha aparecido en otras ocasiones. Mencionamos esta posible dificultad teniendo cuenta la Introducción de Légaut a *El hombre en busca de su humanidad*, de la que citaremos algo más abajo, y pensando, sobre todo, en los lectores que no conocieron a Francisco y que, como es natural, reciben y leen la Revista por el interés suscitado por los textos como productos lingüísticos útiles para su exploración personal, con independencia de quiénes somos los que los seleccionamos, traducimos, presentamos e incluso eventualmente los escribimos.

Nuestra disculpa es que lo de esta vez es una excepción, efecto de una circunstancia especial pues estamos de acuerdo con el criterio de Légaut: es fundamental distinguir vida y existencia (biografía e itinerario), y lo esencial es lo segundo y no lo primero, que puede distraer y quedarse en curiosidad y folklore. En cuanto a esta opción preferente de Légaut, recuérdense unas líneas programáticas suyas en la Introducción mencionada, que es de donde hemos extraído los entremillados de un poco más arriba:

Aunque esta manera de ver y sentir sea muy individual [Légaut se refiere a la que se expresa en HBH], el autor cree que está lo suficientemente arraigada en su profundidad como para que muchos, si han vivido bas-

tante, se reconozcan en ella, al menos cuando se pertenecen a sí mismos con suficiente lucidez y autenticidad.

Lo universal sólo se percibe a través de lo particular. Y tanto más se manifiesta lo primero cuanto con mayor vigor y precisión se explícita lo segundo, sea cual sea su carácter singular. Hay que añadir que este testimonio se toma la licencia de adoptar la forma impersonal, por discreción sin duda, pero también porque los términos abstractos, mejor que los otros, expresan más puramente lo universal: dejan a cada uno la libertad de revestirlos con lo concreto que mejor se le adapte, en función de su propia experiencia y de lo que en el futuro le aguarde.

De esta forma, el libro no se dirige exclusivamente al entendimiento ni a la capacidad discursiva del lector. Va dirigido también a su intuición y experiencia...

Valorar la discreción (una forma suave de restar importancia al yo) llevó a Légaut a escoger la forma de la abstracción; abstracción que conlleva una dificultad que, sin embargo, tiene su pro y su contra: por un lado, provoca la inseguridad de a qué se estará refiriendo el autor cuando dice algo, si bien, por otro lado, estimula la libertad de concretar uno mismo este vacío de referencia reflexionando sencillamente sobre su propia experiencia.

En esta misma línea de valorar la discreción, recuérdense, además, tres cosas. Primero, que Légaut escogió que sus libros apareciesen vacíos de cualquier anécdota y dato biográfico pese a que estos elementos concretos hubieran podido ilustrar cómo una reflexión determinada surgió de una situación también determinada. Segundo, que, al hablar, por ejemplo, de creencias o de ideologías o de religiones de autoridad, rara vez cita casos particulares, de una religión concreta. Y tercero, que Légaut avisó (también en la "Introducción" de la que acabamos de citar unos párrafos) que el significado de su vocabulario era contiguo al vocabulario común (religioso o no) aunque al mismo tiempo era distinto en virtud del carácter singular de su testimonio.

Sin embargo, distinguir y diferenciar no significa separar y, de hecho, por citar un ejemplo tomado de uno de los textos de este Cuaderno,

los términos de "*paternidad* espiritual" o de "*jefe* religioso" (términos muy de Légaut, tomados del vocabulario común pero acuñados por él con cierta abstracción) se deben distinguir, aunque no se puedan separar, en algunas de sus concreciones.

Por eso estos dos términos concretos son útiles para hablar, más allá de la función familiar o social que los sujetos eventualmente desempeñan, de la calidad de la relación entre un determinado capellán y un grupo de universitarios (caso de M. Portal), o de la calidad de la relación entre un obispo y sus feligreses y lectores (caso de John Shelby Spong), o, también, de la calidad de la relación entre un padre y sus hijos, o de la nuestra con alguien con el que nos hemos encontrado más o menos fortuitamente (a veces a través de algún libro, otras a través de alguna actividad), el cual nos ha abierto vías insospechadas de cumplimiento (vías ya latentes en nosotros, tal como luego reconocemos). Siempre se trata de una calidad de comunicación propia de un hombre que está por encima de su función pues, en el fondo, es un hombre sin mandato, social o religioso, cuyas diferencias con nosotros (de edad, sexo, cultura, lengua o país) no explican, pues son accidentales, el bien que nos transmite.

No obstante, también uno puede aplicar a su propia situación lo que otros han dicho de la suya de forma bella y concreta, y no por un camino abstracto (el preferido por Légaut). Uno puede descubrir y expresar, a través de un poema surgido en una circunstancia bien precisa de su autor, o a través de una narración sobre una camaradería vivida en circunstancias muy especiales, o a través de algún ensayo en que se hable de otros, la grandeza y la calidad de la relación que él ha vivido también, en circunstancias muy distintas pero en un mismo trabajo de la fe, o en la misma tarea y oficio de vivir, que lo es todo. Por eso algunos nos hemos acogido a esta segunda posibilidad al final de este número, al referirnos a la pérdida de nuestro amigo.

3. Ahora bien, tras avisar sobre lo particular de este Cuaderno y tras justificar su excepción, tenemos que explicar, como de costumbre, las razones de la selección de artículos que hemos hecho.

Al mencionar, hace un momento, los ejemplos de la paternidad y de la camaradería, hemos nombrado las dos ideas que, recordando a Francisco, han guiado nuestra selección, pues ser hombre *de tradición* y ser hombre *de relación* son los dos rasgos suyos que hemos querido resaltar en este Cuaderno de cara a acercarnos a la secreta unidad de su vida sin entrar en su forma concreta de ser sino apuntando, sobre todo, a su *razón* de ser, al *sentido* de su existencia.

Ya en el primer número de los *Cuadernos*, en la presentación de un texto de Bofill sobre la virtud de la templanza en santo Tomás, ¿no nos invitaba nuestro amigo a la lectura de aquel texto, pese a su dificultad, por la posibilidad de intuir en él y "en nuestros padres y abuelos, el profundo linaje (y tradición) que nos constituye"? Y, en cuanto al otro rasgo, el de la relación, ¿no recordaba a menudo nuestro amigo que Lanza del Vasto solía citar una expresión medieval que decía que Dios era la "*ipsa relatio subsistens*" (la relación subsistente misma)?

Hacía tiempo que queríamos publicar el primer texto de Légaut: su evocación de Monsieur Portal como testigo de la fe, escrita con ocasión del cincuentenario de su muerte en 1976. Si no lo habíamos publicado antes era por lo remota que podía resultar la figura de *Monsieur* Portal (apelativo del agrado de éste pues era como llamaban, en el siglo XVII, a *Monsieur* Vicent de Paul, el fundador de su orden, los Lazaristas). De alguna manera, teníamos que presentarlo, aunque sólo fuese brevemente, en su contexto de finales y de comienzos de siglo, y dudábamos que esto pudiera interesar. Sin embargo, es bueno que lo hagamos en este Cuaderno porque la manera como Légaut distingue y caracteriza la "Tradición" frente a las "tradiciones" al comienzo de su artículo es útil para entender este término y sirve para entender eun qué sentido nuestro amigo era hombre de tradición, y en concreto de una tradición muy determinada, la que tiene a "Jesús de Nazaret al fondo".

M. Portal (1855-1926) fue un sacerdote francés de bastante renombre e influencia, desconocido en España, cuya reciente biografía, de qui-

nientas interesantísimas páginas, Légaut cuidó que se nos enviase a tres de nosotros nada más editarse. M. Portal, hombre de acción más que intelectual de despacho, desarrolló su actividad en tres direcciones. A partir de su encuentro fortuito, en 1889 y en la isla de Madera, con Lord Halifax (persona de gran influencia en la Iglesia anglicana), Portal fue, sobre todo, precursor y animador del movimiento ecuménico. Del encuentro entre Portal y Halifax, nació, en efecto, una singular amistad que, por su realidad misma, confirmó al sacerdote en su crítica de todo tipo de proselitismo y en la verdad del valor de cualquier encuentro personal, propio del orden espiritual que está más allá de cualquier diferencia ideológica. A partir de ahí, M. Portal, a los treinta y cuatro años, volvió a nacer, descubrió su estilo y, además, el marco dominante de su actividad, lo que él mismo denominó, con toda seriedad, su vocación: la reconciliación de las Iglesias.

La actividad de los dos amigos tuvo su auge internacional en 1894-96 y, en lo que atañe a Portal, su idea fue primero bien recibida por el Vaticano, aunque luego fue frenada directa y duramente. Portal, sin embargo, no cejó en su labor de unidad pese a que, desde entonces, conoció muchas contrariedades durante casi treinta años. Sin embargo, nadie podía impedir que fomentase viajes, contactos, estudios y amistades entre todo tipo de gente con vistas a un porvenir que, en definitiva, aún ahora no ha llegado. M. Portal sólo conoció un momento de cierta esperanza cuando los encuentros de Malinas, ya al final de su vida. Este aspecto ecuménico de la actividad de Portal es lo que Légaut evocó, despegando de lo anecdótico, en su "Meditación sobre la vida de M. Portal", que es el segundo texto que publicamos.

Además, en París, al tiempo que dirigía con notable apertura el seminario lazarista (cargo del que también se le destituyó en 1908, cuando los tiempos de delación arreciaron), M. Portal fue también amigo de muchos de los que sufrieron la represión eclesiástica del así llamado "modernismo" (Loisy, Laberthonnière, Tyrrell y Le Roy, por ejemplo) a los que nunca abandonó y cuyos libros y conferencias aconsejaba a sus seminaristas porque pensaba que aquellos hombres estaban en la

buena dirección pese a lo discutible de sus obras. Por último, con el mismo estilo surgido de su amistad con Lord Halifax, Portal fue, desde 1900, pero, sobre todo, de 1912 a 1926, capellán de los estudiantes católicos de la Escuela Normal Superior (pero sin reconocimiento oficial, dada la no confesionalidad del Estado); al tiempo que, en colaboración con Mme Gallice, iniciaba, en 1907, obras de promoción y de caridad en Javel, un suburbio de París. M. Portal escogió ser enterrado, al terminar sus días, junto a su colaboradora.

Légaut recibió, pues, este tipo de tradición, que no es de doctrina sino de espíritu, de un hombre como M. Portal, que basó toda su labor ecuménica en crear relaciones; y que actuó de forma igualmente respetuosa y libre con los universitarios, mucho más jóvenes que él. Este tipo de tradición que hace vivir (en este caso al cristianismo) vivía en un hombre que no dejó obra escrita (a diferencia de Légaut), que como sacerdote no centraba su actividad en lo sacramental, y que tampoco gustaba de hablar en público sino de conversar y de ayudar a que las vidas de los que lo frecuentaban se abriesen al paso siguiente que cada uno de ellos tenía que dar. Vivía además —esta tradición— en un sacerdote que ya en 1905, junto con otros seres abiertos, clérigos y laicos, firmó un Manifiesto en que se valoraba positivamente la separación de Iglesia y Estado: una oportunidad a favor de un cristianismo más centrado en lo propio y más de su tiempo, pues la sociedad francesa, hasta entonces, según ellos, sólo había estado recubierta de un barniz confesional.

Las Instituciones, tan preocupadas por perpetuarse y por conservar un así llamado "depósito", y que, para ello, buscan toda clase de apoyo económico o político, desconocen o no creen en esta verdadera Tradición de hombre a hombre, o quizá es que no saben qué hacer con ella, cómo tenerla en cuenta en su sistema y en su organigrama, dado que es algo que no se enseña como una doctrina o como una técnica, ni tampoco es objeto de conductas de repetición o de imitación, ni depende de la mayor o menor calidad moral o intelectual del barro de quien la lleva o recibe (cosa que los hombres, por otra

parte, no podemos juzgar), sino que depende de que se dé -o no- un encuentro, verdadero y libre, entre alguien que se ha dado a fondo y alguien que también es receptivo a fondo.

Hay un darse a fondo que es de una eficacia que, en definitiva, es del orden del ser, que no depende del número de quienes lo captan ni de que se dé inmediatamente en el tiempo, y que, por eso, no es cuantificable ni medible pero sí que es, en cambio, imparable, como el destino, porque es del orden del "acto" que está vivo en un individuo y que se transmite por su poder de afectar de modo inolvidable a otros. Si este afectar se da, aunque discurra subterráneamente pues no es perceptible con certeza en rasgos externos ni del decir ni del obrar, entonces, se descubre y se contacta con el "acto bajo la forma" y sucede esta paradoja: cuanto más arraigado se está, cuanto más se es *de* alguien y, por él, se es *de* una "familia espiritual", tanto más abierto se está también, pues la intensidad del genitivo de pertenencia no limita, antes al contrario, los caminos que se intentan.

Légaut, al evocar el trato con Portal, formula su distinción entre "tradicción" y "tradiciones"; una distinción que, como otras suyas dan luz y permite avanzar en medio del embrollo de lo real. La razón – tal como dice un amigo– es quizá como un hacha, pero a veces tiene más que ver con un bisturí o con una navajilla (como la de MacGuiver, un héroe televisivo de los chicos hace algunos años) que introduce, en el momento preciso y en las dimensiones que debe, quizá grandes pero muchas veces son pequeñas, el corte necesario, la ruptura o distinción inevitable, mentalmente imprescindible, que desata, que libera, que permite seguir adelante y descubrir dónde está lo que auténticamente es de valor. La razón es decisión y distinción, pero su energía se puede manifestar, además de en la fuerza del golpe que se asesta, en cierta pericia y afinamiento que, sin duda, los encuentros personales requieren.

4. En el segundo bloque de contenidos de este Cuaderno ("Otros textos espirituales"), publicamos dos escritos que, como ya dije, seleccionamos con Francisco durante dos de las últimas veces que nos vimos.



Como cada uno de estos escritos va precedido de su correspondiente introducción, simplemente indicaré la intención que tuvimos al decidir editarlos a la vez. Pero antes de nada quisiéramos agradecer a Miguel Suñol la presentación del primer texto y a José Manuel Udina la estupenda traducción del original latino del mismo.

Porque el primer texto es del siglo XII y es la "Carta sobre la vida contemplativa" o "Escala de los monjes" de Guido II el Cartujo, fallecido en torno a 1188. Se trata de un texto que si por un lado puede sorprender gratamente, por otro provocará extrañeza. Puede sorprender gratamente en la medida en que, pese a su antigüedad, resulta cercano: ¿cómo no reconocer, en efecto, cierta afinidad, primero, en el hecho de que sea, formalmente, una carta que un amigo envía a otro; segundo, en el hecho de que ambos hablen de lo que más les interesa, esto es, la indagación espiritual y el conocimiento de Dios y de Jesús; y, tercero, en el hecho de que, además, reflexionan sobre el acto de la lectura, en el cual es fundamental la actividad del sujeto: un acto humano complejo, con sus fases y sus niveles de profundidad, al que Guido aplica la imagen de la comida, una actividad biológica y pulsional antes que consciente?

Sin embargo, también este texto de Guido provoca extrañeza, de manera que ya no lo podamos aceptar, tal cual, del todo, por razón de la valoración negativa de la sexualidad que deja traslucir, o por el tipo de expresión afectiva que emplea a veces, o por el sentido moralista que tiene y que supone, de fondo, una representación extrínseca y severa de lo divino; por no hablar de la doctrina del "sobrenatural" (y del poder jerárquico que la interpretación habitual de éste implica) así como de la ignorancia que en aquel tiempo se tenía de lo que el "sentido literal" de la Escritura debería conllevar de conocimiento y de atención a lo histórico y a lo redaccional; cosas ambas que en los siglos posteriores se descubrirán pese a las resistencias interpuestas, lamentablemente, por el "cristianismo real".

Estas resistencias son efecto de una actitud "fundamentalista" (o "literalista") que, afortunadamente, ni siquiera con las primeras

Escrituras cristianas puede ser ya la nuestra si somos honestos intelectualmente y estamos mínimamente informados. Ser moderno intelectualmente no es ni puede ser objeto de discusión aunque se crea lo contrario, y no sólo en un plano sencillo de comprender (pues, que yo sepa, nadie se corta una mano o se arranca un ojo si éstos le "escandalizan" ya que comprendemos que se trata de un lenguaje figurado) sino en planos más complejos, que atañen a las creencias, a las costumbres y a las representaciones religiosas.

Por otra parte, sin entrar ahora en que unos textos sean más sagrados que otros (es decir, no más intocables sino más inspirantes, y sólo en esta misma medida más inspirados y, en este sentido, más delicados de analizar y de llegar a comprender), hay que observar que la superación de la lectura "fundamentalista" es capital para todo tipo de textos valiosos, ya sean literarios o de otras tradiciones religiosas, en los que cada uno, según su tradición real, busca inteligencia y ánimo en el arte y en la tarea de vivir.

Ya no podemos, por tanto, leer textos de aquellos siglos, ni del XII ni del I (igual que, en el *Cuaderno 7*, vimos con los textos de plegaria), sin apropiarnos de ellos a través de una lectura inteligente y madura, lo cual implica tratar con ellos, en un primero momento, de igual a igual, y dejar de lado, como cosa del pasado, un universo mental en el que, por ejemplo, la autoridad, el trabajo y la sexualidad se veían y se valoraban en un marco muy distinto del nuestro; un pasado en el que el marco de la representación de Dios era muy distinto del de ahora. Sólo después de ser capaces de este tipo de conocimiento sin resistencias, poco a poco, en un segundo momento, descubrimos, en dichos textos, aquella inspiración que sin duda sigue hablando.

Con todo, ante estos textos antiguos (sobre todo si son "fundacionales" como los del siglo I o como los que dieron origen a órdenes religiosas, o si son en cierto modo "extraordinarios" como los de los místicos), ¡cuánto fundamentalismo hay todavía en nosotros, occidentales del siglo XX, además de que, por supuesto, lo hay en las formas institucionales de las tradiciones cristianas! Y esto sin olvidar que, por

otro lado, y por reacción muchas veces, ¡cuánto fundamentalismo hay también entre los que ya no se consideran cristianos (es decir, entre los post-cristianos) cuando éstos descartan por completo los textos del pasado por no molestarse en leerlos perforando su hermetismo, propio de una distancia de veinte o de ocho siglos!

Aceptar este texto del siglo XII como actual sin serlo sería un "anacronismo". Pero, como ya hemos dicho, también sería un "anacronismo" simétrico juzgarlo falto de ningún valor y no saber ver en él lo que todavía nos habla y nos dice a causa del mero hecho de rechazar lo que nuestra mentalidad ya no comparte con la suya. Sin embargo, hay más, pues otros dos anacronismos se darían si los anteriores no sólo fuesen de conocimiento e incluyesen, además, un juicio moral global, positivo o negativo, sobre la capacidad de inteligencia o sobre la buena o mala fe de los hombres del pasado. Estos dos tipos nuevos de anacronismo serían más graves pues recordarían lo que denuncia el Evangelio de Mateo (23,30) y que, en este caso, consistiría en decir algo así como que, "si nosotros hubiéramos vivido cuando nuestros antepasados, no hubiéramos dicho esas mismas cosas que ellos dijeron ni hubiéramos vivido según ellas" o, simétricamente, si las hubiéramos hecho, y además indefectiblemente. Porque cualquier mirada hacia el pasado no puede exculpar ni condenar globalmente las conductas de antaño dado que entonces hubo algunos, como en todos los tiempos, que ya criticaron lo criticable y que ya abrieron brecha frente a los inmovilismos del momento igual como otros se aprovecharon de ellos.

En definitiva, estos cuatro "anacronismos" indican, cada uno a su modo, que hay muchas formas de estar fijados y aferrados a nuestro presente y considerarlo como definitivo en su forma de hacer y de pensar, y no, sencillamente, como una forma más de pasar —y de quedar—, igual que las anteriores y que las que vendrán. En este sentido, igual que no es fácil "ser en relación", tampoco es fácil "ser en tradición" si se trata no sólo de recibir o de transmitir una fuerza sino de saber qué hacer con las formas en que dicha fuerza se transmite. Estar

en la propia tradición pero sin instalarse en ella es una "difícil facilidad" que se refleja tanto en la manera de recibir de las tradiciones diferentes lo que éstas tienen de perdurable (sean anteriores –caso de Guido– o sean contemporáneas –caso de Spong–) como en la manera de transmitir lo propio sin saber qué será lo perdurable que el otro (posterior o contemporáneo) recibirá de ella. Si, respecto del pasado, esta difícil facilidad puede llamarse "fidelidad", respecto de lo contemporáneo puede llamarse "comprensión", y, respecto de los que vienen y serán cuando nosotros ya hayamos pasado, "generosidad".

Para proponer un ejercicio a favor de la fluidez de esta fidelidad, de esta comprensión y de esta generosidad, junto a la lectura del texto del siglo XII, decidimos Francisco y yo ofrecer la lectura de algunas páginas de John Shelby Spong, obispo episcopaliano de Newark, Nueva Jersey.

En cierto modo, Spong (autor abierto al futuro) puede suscitar sentimientos contrapuestos a los que suscita Guido (autor del pasado). Pero sobre el significado de Spong trataremos en su Presentación. Ahora tan sólo recordaremos dos cosas.

La primera, el talante inicial de amistad y de simpatía que M. Portal consideraba fundamental en las relaciones con gente de otra confesión o de otra trayectoria doctrinal cristiana (talante ampliable no sólo a autores del pasado sino al ámbito de otras religiones y de gente expresamente no religiosa).

La segunda, que ésta no es una revista de doctrina con una adhesión previa a una forma de ortodoxia determinada que nos lleve a algún tipo sutil de autocensura. Al contrario, "en diáspora" lo que importa es el abanico más abierto y el pensar más libre, con tal de que sea de autores suficientemente implicados en lo que dicen, y que lo que dicen sea, en sí mismo serio e interesante. Seleccionarlos no significa por tanto suscribir a la letra lo que dicen. Sin embargo, recordemos el valor que Légaut daba al "error" en la Advertencia que abría su libro *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*. En 1970, Légaut

quiso prever el hecho de que se le pudiese imputar de "error" al contenido de dicho libro. Un error, como él decía, si uno lo explora a fondo y si uno no se bloquea ya ante su mera presunción, es, a la larga, siempre útil y, por otra parte, al que yerra en una búsqueda necesaria a la que se ha entregado a fondo, siempre se le debe agradecimiento y no descalificación, sobre todo moral.

Pese a ser muy diferentes, tanto Guido como Spong, tomados por lo mejor de ellos mismos, creemos que representan una misma intensidad en una tradición y en una búsqueda "con Jesús de Nazaret al fondo". Por otra parte, la distancia de ocho siglos que media entre ambos fue el tiempo de "una labor inmensa" en la que hubo muchas tensiones y a la que las Autoridades de las Iglesias (unas más que otras) opusieron mucha resistencia. Recuérdese la resistencia católica a raíz de la crisis protestante, frente a las traducciones de la Biblia a las lenguas vivas de entonces y frente a que estas traducciones se hicieran a partir no de la Vulgata latina de san Jerónimo (siglo IV) sino a partir de los documentos más antiguos y de las lenguas originales. Y recuérdese también, a partir del XVIII y durante los dos últimos siglos e incluso todavía hoy, la prevención que hubo y que aún hay (entre católicos y protestantes integristas) frente al estudio de las Escrituras con métodos filológicos, criterios literarios e interés científico por conocer lo que hubo o no de histórico y lo que cada autor puso de su cosecha en lo que dice cada texto.

Pese a las resistencias, y por fortuna, gracias al pensamiento libre y a la ciencia, ya entrado este siglo nuestro, la manera de entender las Escrituras cristianas ha cambiado irreversiblemente. Tanto como la manera de entender la vida, el hombre y el Cosmos. Por eso es un rasgo propio y positivo de Occidente que las Escrituras religiosas del mismo sean las más examinadas críticamente por estudiosos de su propio ámbito cultural, creyentes o no.

La forma de leer las Escrituras actualmente debe integrar todo esto, que debe intervenir también en la forma de acceder a Jesús, al Cristianismo y a lo que de Dios se puede conocer a través de las rea-

lidades primeramente humanas. En definitiva, todo esto representa una gran oportunidad para la búsqueda religiosa que, sin embargo, no debe caer en depender de la ciencia como si ésta fuera una nueva Ley que se impone de forma colectiva, pues el conocimiento de sí, de forma madura y espiritual, abre a una lectura de las Escrituras no sólo acorde con la ciencia, lo cual es indispensable, sino sabia o en busca de una sabiduría a la que no llega la ciencia. Lamentablemente, sin embargo, no sólo existe esta deficiencia o esta desviación cientista pues el conocimiento actual de las Escrituras es todavía algo casi desconocido entre la gente común. Lo cual es una pena. En efecto, el cambio en la forma de leer las Escrituras todavía está en proceso de suceder porque los conocimientos que ya se tienen como resultado suficientemente contrastado todavía no se divulgan lo suficiente y permanecen demasiado reservados a los entendidos y a los círculos académicos. Prueba de ello: la mayoría de las homilias que se hacen y el contenido de los programas de religión que se imparten.

Sería largo exponer lo que es razonable pensar acerca de los motivos de esta deficiencia pero si la mencionamos es para destacar, sobre dicho fondo, la tarea encomiable del obispo Spong como pastor no sólo en su diócesis sino en sus libros. Spong, como "jefe religioso", cree que lo que es ya conocimiento suficientemente contrastado no debe ocultarse sino comunicarse porque, a la inversa de lo que se suele temer, lo que es de razón es un bien y no una amenaza para la fe pues le ofrece, a ésta, la base sobre la que avanzar mejor, y sin la cual a menudo desbarra. Por otra parte, ahondar en la cuestión de qué es lo que, con toda probabilidad, no sucedió y qué pudo ser que sucediese en cambio, cuestión que interesa a nuestra mentalidad occidental que aprecia lo histórico, permite liberar y hacer real la cuestión realmente importante que es otra y es qué es lo que los textos nos transmiten en tanto que textos espirituales, lo cual no es información histórica sino sentido y razón de ser, supuesto que hablamos de textos rituales y cúl-ticos surgidos de la fe y para la fe, y según modelos hebreos que es indispensable conocer, como es el caso del "midrash".

Spong es, pues, una figura que vale la pena conocer, así como bastantes de sus páginas. Su actitud responde, además, a una objeción y a una crítica que por ejemplo Martin Gardner planteaba a los cristianos en un texto que publicamos hace un año y que él llamaba “la superstición de la voz y del dedo” (1). Para este número de los Cuadernos hemos seleccionado unas páginas del libro de Spong: *Jesús, hijo de mujer* que exponen cómo surgieron, a lo largo del siglo I, en algunos escritos del Nuevo Testamento, primero el interés por la cuestión del origen de Jesús y después los relatos de la Navidad (2).

5. Hablemos un momento de la «Suma de poquedades». Queríamos publicar algo sobre Francisco y hemos pensado que lo mejor era editar lo que se dijo en su entierro en La Longuera. Probablemente otros que entonces no intervinieron, quizá porque no estuvieron, hubieran podido aportar también sus reflexiones o evocaciones, pero no ha habido tiempo para hacer una invitación, y los que allí intervinimos fuimos suficientemente representativos.

La pérdida de un amigo con el que se ha tenido un encuentro suficientemente profundo a lo largo de la vida lleva a situaciones de homenaje y de despedida como la que nosotros celebramos y como la que, probablemente, habrán conocido nuestros lectores en circunstancias parecidas. Por eso, lo que allí se dijo podrá serles útil también.

6. En este sentido, quisiéramos terminar esta larga Presentación recordando una constatación muy antigua, de nuestra tradición acumulativa, acerca de la amistad y su influjo en nuestra vida y actividad.

---

(1) Martin GARDNER, "La fe y el futuro: a manera de prólogo", *Cuadernos de la diáspora*, n° 8, págs. 63 y ss.

(2) Légaut reflexionó sobre esto mismo en dos capítulos iniciales de *Meditación de un cristiano del siglo XX* si bien con otro enfoque e interés. Pero para ver la manera de leer Légaut los primeros escritos cristianos y ver en qué es afín a la de Spong y en qué va más allá de él, es interesante ver, sobre todo, el primer capítulo de *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*.

Observaba el Dr. Jaume Bofill que, con un amigo, se comparte aquello a lo que, por "extraordinaria traslación", se puede llamar la "vida" de uno (3). Con el amigo se comparte, en efecto, la actividad que viene a ser y a sintetizar nuestra vida. Por eso llegamos a decir que nuestro amigo es parte de nuestra propia vida.

Esta observación de Bofill procedía de un fragmento de Aristóteles que une el término de *amistad* al de *vida* entendida en un sentido afín al de *actividad* más que al de simple transcurrir del tiempo o al de *ser*:

La *actividad* que constituye propiamente la *vida*, y en la que se encuentra más *deleite*, es también aquella a la que cada cual quiere dedicarse con los *amigos*, y, así, unos beben juntos, otros juegan juntos, otros hacen ejercicios, o cazan, o *filosofan juntos*, y, en cada caso, los amigos pasan los días junto con aquellos que más aman en la vida... (4)

Tomás de Aquino, en la primera de sus cuestiones sobre la vida contemplativa y la activa, sintetizó así esta observación del filósofo:

La vida de un hombre es, al parecer, aquello en lo que éste máximamente se deleita, y a lo que máximamente tiende, y en lo que principalmente quiere *convivir* con el amigo. (5)

Por eso, cuando se pierde un amigo, la vida se resiente y nos hace sentir la *carencia de ser* que supone que nos falte quien ha sido (por hablar cuantitativamente) una parte importante, la mitad incluso de nuestra alma, de nuestro ánimo o de nuestro corazón (6). Es así: somos en relación, con riesgo de pérdidas que lo honesto es, ante todo, reconocer.

Tomás de Aquino recogió esta constatación de Horacio y subrayó lo característico de la amistad: la intimidad cuyas fronteras las marca el secreto y la revelación del mismo:

---

(3) J. BOFILL, *Obra filosòfica*, Barcelona, 1967, pág. 131.

(4) ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, lib. IX, 12, 36 y ss.

(5) Tomás de AQUINO, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 179, art. 1, c.

(6) HORACIO, *Odas*, I,iii.



*Esto es lo propio de la amistad: que uno revele al amigo sus secretos. Y dado que la amistad hace de dos un solo corazón, no parece que uno publique fuera de su corazón lo que revela al amigo. (6bis)*

De alguna manera, Homero, hace casi tres mil años, puso en boca de un griego, el "valiente Diomedes", este mismo reconocimiento sincero. Dentro de nuestra tradición acumulativa, la antigüedad y la vigencia de esta constatación no es un consuelo pero sí que nos abre a un sentido de humanidad que es universal. Diomedes, en efecto, cuando se encontró en la circunstancia de tener que infiltrarse en las filas enemigas sin compañero, dijo a "Néstor, el viejo señor de los carros", estas "palabras aladas":

Néstor, mi corazón y mi ánimo bravo me impulsan  
a meterme en el campo de los enemigos cercanos,  
los troyanos; mas, si alguien quisiera partirse conmigo,  
mi osadía y también mi confianza serían mayores.  
*Cuando dos marchan juntos*, si no es uno, es otro el que advierte  
lo que es más necesario; cuando uno está solo, aunque piense,  
el espíritu es tardo y penosas las resoluciones. (7)

---

(6bis) Tomás de AQUINO, *Summa contra Gentiles*, IV, c. 21. Debo también el conocimiento de esta cita al Dr. J. BOFILL: «D'una teoria de l'acte a una teoría de la relació interpersonal. Notes d'Ontologia» n° 29, *Obra filosòfica*, Barcelona, 1967, p. 232.

(7) HOMERO, *Ilíada*, X, 224.